

Domingo 6° de Pascua – No somos huérfanos

Transitamos los últimos días del tiempo de Pascua y pronto volveremos a lo que se llama en la liturgia el “Tiempo Ordinario”. Y la pregunta que debe acompañarnos en este retorno es: cómo llevaremos la fe en la Resurrección del Señor al corazón de nuestra vida cotidiana. Pero al escuchar esta pregunta es posible que experimentemos un cierto escepticismo. Demasiadas veces nuestras buenas intenciones han quedado en la nada. Es frecuente el caso de personas que han hecho un retiro y salen entusiasmadas, convencidas de que sus vidas cambiarían definitivamente, para luego constatar con desilusión que poco a poco retornaban a lo de antes. También en las cosas espirituales parece regir una especie de ley de gravedad que nos atrae hacia abajo y amenaza con hundirnos en la frustración y la impotencia.



Pero pensemos que los apóstoles eran tan débiles como nosotros. Por eso, el fin de la presencia física de Jesús entre ellos parecía un desafío insuperable. Librados a sí mismos, hubieran debido dispersarse rápidamente, y aun habiendo constituido una comunidad que los sobrevivió, ésta hubiera debido disolverse con el tiempo, con un recuerdo de Jesús cada vez más borroso, un mensaje y un modo de vida cada vez más acomodados al

mundo, un entusiasmo cada vez más débil. La Iglesia, en una palabra, hubiera debido desaparecer hace mucho. Pero no fue así.

La primera lectura relata como el diácono Felipe, una vez recibido su ministerio, viajó sólo a Samaría, un territorio hostil, y predicó con éxito el Evangelio, curando enfermedades y expulsando demonios. Qué convicción y qué coraje demostró. Y no era un caso aislado, sino la manifestación de algo que estaba sucediendo en toda la Iglesia: ella no emergía lentamente de la timidez, el miedo y el desconcierto, sino que desde el principio demostró un impulso arrollador. ¿Cómo fue posible esta gesta evangelizadora que desafía todas las leyes de la historia? Es claro que sólo un factor completamente nuevo, inaudito, puede dar cuenta de lo que sucedió. Y eso es lo que Jesús nos esclarece en el evangelio de hoy.

“Si me aman, guardarán mis mandamientos. Y yo le pediré al Padre que les dé otro Paráclito, que esté siempre con ustedes, el Espíritu de la verdad ... No los dejaré huérfanos, volveré a ustedes. Dentro de poco el mundo no me verá, pero ustedes me verán”.

Jesús no les deja a los discípulos simplemente el recuerdo de su persona y sus enseñanzas. Si fuera así, los habría dejado “huérfanos”. Pero Jesús les promete que el Padre les enviará a Alguien, a quien llama “el otro Paráclito”. “Paráclito” es, literalmente, alguien que es llamado para estar al lado de otro y asistirlo. A veces se traduce este término como “abogado”, también –etimológicamente– alguien llamado (*vocatus*) para estar al lado (*ad*). Pero, en todo caso, Jesús no le da un sentido meramente jurídico: así como Él estuvo al lado de los suyos, así también lo hará el nuevo “Paráclito”, a quien llama “el Espíritu de la Verdad” (la “Verdad” que es Jesús en persona).



En el Espíritu Santo, Jesús “vuelve” a los suyos, pero con un nuevo modo de presencia: interior, invisible, pero más real aún que su presencia física. Sin embargo, esa nueva presencia no será “vista” por el “mundo” (aquellos que no tienen fe), sino sólo por los que crean, en la medida en que esa fe se traduzca en un amor que se manifiesta en las obras: “si me aman, guardarán mis mandamientos” (no

sólo los Diez Mandamientos dirigidos a todos en general, sino lo que Jesús pide a cada uno de sus discípulos personalmente).

En conclusión, si interpretamos las palabras de Jesús como un mero “modo de hablar” en clave sentimental, este evangelio nos parecerá poco significativo. Pero el sentido de las palabras de Jesús es estrictamente real. Si de Él sólo nos quedaran su recuerdo y sus enseñanzas, quedando librados a nosotros mismos en el esfuerzo por llevarlas a la realidad, deberíamos reconocer que estamos “huérfanos”. Sólo si Jesús está vivo y presente realmente en nosotros como principio de nuestro vivir y obrar podemos ser verdaderos testigos de su resurrección. Y eso es lo que acontece gracias al Paráclito, que ya está, y seguirá estando siempre, fielmente, a nuestro lado.

Por eso podemos volver después de la Pascua a la vida ordinaria con una actitud de esperanza: no contamos simplemente con nuestros buenos propósitos, no somos “huérfanos”: confiamos en que, gracias al “Espíritu de la Verdad”, Jesús Resucitado se manifestará de un modo nuevo en nosotros, para gloria de Dios, para nuestro bien y el de nuestros hermanos.